

José Miguel Varas

Cuentos de nunca acabar



JOSÉ MIGUEL VARAS y dos de sus personajes: Galvarino Arquezo y su esposa, Elena.

Se publican los Cuentos completos de José Miguel Varas, y algunos se preguntan de dónde salió este tremendo escritor, que lo es no tanto porque sus textos "breves" se agnapan en un volumen de 3675 páginas, sino porque es en verdad un escritor tremendo. Por su talento, por la notable eficacia de sus relatos y la amplitud de su registro dramático; y porque, conforme a la mejor escuela latinoamericana, el escritor se ha dedicado a componer historias en apariencia minúsculas -cosas que pasan todos los días, que le ocurren a uno mismo o a alguien cercano, que ocurren en primera vista de gran trascendencia, o que si la tienen pero el autor elige de ellas un detalle pequeño, como si quisiera sacarle el cuerpo justamente a lo trascendental y son, sin embargo, miradas de largo alcance que tocan fibras profundas y lo hacen con acentos de sorprendente universalidad.

Algunos no nos hacemos esa pregunta, porque ya son muchos los años de conocimiento del personaje y de lo que hace. Un conocimiento que se apoya en tres vertientes: la del amigo, la del lector y la del escritor.

EL AMIGO

Lo conocí una tarde en que Félix Marín y Teresa Bonatti y la nunca olvidada Teresa Del-pino me convidaron a que visitáramos un par de exposiciones de pintura. Apenas me atreví a decir que esto debe haber sido hacia 1949 o 1950, cuando los tres éramos estudiantes de Castellano en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. El otro invitado era José Miguel Varas, a quien vi entonces por primera vez. Sólo recuerdo lo esencial de aquel encuentro: estuve riéndome toda la tarde. José Miguel andaba con esa cuerda que nunca lo abandona pero que sólo en contadas ocasiones aflora sin freno a la superficie: el ejercicio constante del humor, la ocurrencia y el gracejo inagotables, siempre incisivos, pero sensiblemente ajenos a la ríspida gracia o a la pura malignidad.

Vivieron después muchos años de encuentros que amaron una amistad que ya no necesitó de intermediarios. Sólo evoco algunos muy significativos e íntimos, en nuestros años de exilio: mis visitas a su trabajo en la Radio Moscú y las veladas, luego, en su departamento de la calle Vicuña Freyre, acogido por Iris, una de las mujeres más bondadosas y discretas que conocí por sus hijos, que suman a esa

bondad y discreción la inteligencia y el laconismo del padre, y el cálido y entrañable ambiente, que ni siquiera era capaz de amarrar el estrepito de los ascensores o de no sé qué diabólicas maquinarias que se oclaban tras las felices paradas del edificio monacal.

Antes de esos años y en los que vivieron después, de vuelta ya en Chile, hubo muchas otras ocasiones para verse, marcadas todas por la tenaz vocación para el silencio de José Miguel. Ex curioso, a este propósito, que alguien de tan pocas palabras sea sobre todo una referencia familiar para miles y miles de chilenos... gracias a su voz.

EL LECTOR

Cada vez, para comenzar, que conocimos y comentamos los buenos lectores-seguidores de las letras chilenas de mi generación. Aunque no dejó huellas. Si los dejó, bastantes años después. La denuncia, que puse de inmediato al lado de *Insolente*, de Baldomero Lillo, aunque iba mucho más lejos por algo que no siempre la crítica ha puesto suficientemente de relieve: la insuperable percepción del lenguaje popular que distingue a Varas, que se aparta radicalmente de la reproducción casi fotográfica propia de los escritores criollistas, que tornan difíciles de soportar los diálogos que ponen en boca de sus obreros y campesinos.

El talento de José Miguel radica en su capacidad para penetrar en el espíritu del habla cotidiana, capturar su acento, se mete bajo la piel de las palabras y descifra las claves de la identidad popular. La denuncia es un ejemplo y modelo, pero estas cualidades se dan en decenas de otros cuentos suyos. No recuerdo muchos casos de maestría semejante en otros escritores chilenos. Aunque los hay: Manuel Rojas, desde luego, que es quien lo ha llevado en la novela a su nivel de más alta elaboración literaria, o Enrique Lihn en su notable cuento *Retrato de un poeta popular*, o Franklin Quvedo en la mayoría de los textos de *Regreso al Valle del Pánuco*.

Descubrí también como lector -o creí descubrir- algunos de los resortes secretos que explican la magia de los relatos de Varas, no exactamente leyéndolo sino escuchándolo. Fue en una lejana cena organizada para despedirlo. Viajaba a Praga, me pa-

rece, a hacerse cargo de la correspondencia del diario *El Siglo*, y a la hora de los discursos leyó un texto que, como muchos en ocasiones semejantes, desconcertan inicialmente al oyente, quien no sabe si se trata de un discurso propiamente tal o de una narración desechablemente literaria. Comenzó contando que, en efecto, eran sus últimas horas en Santiago ya que pronto debe partir. Y nos habla de su padre, y de cómo van a una lechería cercano a *compost* y del cementerio que tienen allí con un viejo solitario retirado amigo de su padre, y de lo que conversan y comen y cómo ríen. Todo tiene un aire de urbanidad aunque jocoso, como de comedia, de buena comedia. Los amigos intercambiaban bromas y el narrador no deja escapar la oportunidad para ironizar amablemente sobre lo triste pero también ridículo que puede ser la decadencia de un coronel en retiro. En la vuelta de nuestra final hay, sin embargo, un giro radical en el tono del relato. El humor se ha ido desplazando paulatinamente, casi sin que el auditor lo advierta, la atmósfera se torna melancólica y se van definiendo los perfiles de un hondo drama íntimo que no tiene nada de divertido ni de gracioso. Fui testigo en aquella velada de cómo más de alguien ocultó el rostro para no poner en evidencia su emoción.

Varas acababa de leerme su cuento *Queridos*, una notable muestra de otro de los rasgos fundamentales de su narrativa: el viaje de ida y vuelta entre el juicio y la congoja; la historia que nos atrapa en sus inicios una sonrisa o que nos hace reír fríamente, con notas que suelen ser sólo los prolegómenos del paso a las trisuras que luego harán de apabullarnos. Es lo que nos ocurre con *Tío*, *El poeta*, *El ojo de la papa*, tantos otros, y que alcanza su clímax en *Exilios*, en mi opinión el punto más alto de su ensayística. Esta joya literaria resume de modo brillante en veinte cuartillas lo que otro escritor intentó desarrollar con mucho menor éxito en una novela de más de cuatrocientas páginas.

Hay muchos otros registros en sus cuentos. Poco ha abordado Varas en éstos los temas más coyunturales. El de la vida chilena bajo la dictadura, por ejemplo. Y sin embargo, cuando lo ha hecho, como en *La guerra*, logró uno de los cuadros de mayor

fuerza dramática de que tengamos memoria sobre las torturas y crímenes de la Dina.

EL EDITOR

Debuté como editor casi con una novela de José Miguel Varas. En verdad, su libro fue el segundo de la serie que en 1962 apareció con el sello Ediciones del Litoral. El primero fue un volumen de cuentos de Edsuo Alvarado, *El caballo que tosa*, que fue ideado con mi amigo Franklin como un gesto solidario con el prescrito escritor que estaba siendo enjuiciado por los militares. El bichito me indicó de inmediato y vino muy luego *Pavón*. Yo admiraba el trabajo literario de José Miguel, hasta entonces disperso en diarios y revistas. Su único libro después de *Sacude era Chacón*, con lo que la ficción aparecía injustamente desplazada. Decidí que era hora de salir a su rescate y nació de allí la publicación de aquella inolvidable novela corta, en la que apuntaba ya ese juego entre la risa y la pesadumbre. La emoción de aquellos comienzos sólo se me empuja en la memoria cuando recuerdo que en *Pavón* debuté también como el editor a quien de por vida las erratas habrían de perseguirlo. En la primera página del libro, la primera página el narrador cuenta que su protagonista "notó a la madre en el parto", lo que suele ser de ocurrencia frecuente. Los duendes de la linotipia -boy, con la computadora-, son virtuales pero siguen siendo duendes perversos: le torcieron la nariz al texto, dejándolo así: "notó a la madre en el patio". Lo corrigieron de ser doliente en un vulgar indecente, porrida por añadidura.

La conspiración de las erratas siguió persiguiéndome en el exilio, ahora en sus artículos. Una "generación de cuentistas chilenos", que Varas elegía, pasó a ser denostado al ser calificado de "degeneración". Y otros más, lo suficientemente grave como para que prefiera olvidarla.

En alguna ocasión le manifesté la curiosidad que despertaba en mí su rara predilección por el laconismo de los títulos de sus libros: *Caballo*, *Nordeste*, *Chacón*, *Pavón*. En la curiosidad había un cierto asomo de reproche. Muchos libros después, así en cuenta que yo lo forzaba a revivir el vicio, cuando reanunciaré como *Excluido* el volumen de cuentos que él prefería llamar *El ojo de la papa*. Quizás fue una recóndita y tanta pudibundez la que me dictó el cambio. Fue ahora el editor quien estaba equivocado.

Pero éstas son historias menores. Temas mayores son los de sus espléndidas novelas *El correo de Bagdad* y *La novela de Galvarino* y *Elena*. Sólo fui editor de la primera, pero aun si hubiese sido ese el único título suyo publicado bajo mi responsabilidad, igual habría sentido ese regusto a gloria que siento un autor cuando asocia su nombre al de un gran escritor. *El correo de Bagdad* es una gran novela a la que, como otras de su nivel, no se le ha dedicado entre nosotros la atención que se merece.

Pero ahora se trata de los Cuentos completos, que ya han iniciado su andadura. El volumen está en una colección en compañía más que hermosa: Cortázar, Onetti, Colón, Donoso, Saramago, Kundera, entre otros. Honrosos y merecidos. Da fe que José Miguel Varas está ya en la galería de los grandes cuentistas del siglo veinte.

CARLOS ORELLANA

AUTORÍA

Orellana, Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuentos de nunca acabar [artículo] Carlos Orellana.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile